

Crisis social y crisis de las ciencias sociales en Brasil

BERNARDO SORJ

ESTE ENSAYO DISCUTE los presupuestos de los paradigmas macro-explicativos dominantes en las ciencias sociales en Brasil y en América Latina en las últimas décadas. Por lo tanto, no pretende evaluar intrínsecamente los estudios realizados en el interior de estos paradigmas, razón por la cual —junto con el carácter ensayístico del trabajo— preferimos no indicar la bibliografía que apoya este trabajo, la cual ya sido presentada y analizada en otros estudios.

BRASIL Y LAS CIENCIAS SOCIALES

En los años sesenta y setenta, Brasil fue para la gran mayoría de los estudios de América Latina un gran laboratorio de transformaciones sociales. El otro país de referencia en la región, Cuba, prácticamente no fue incorporado al debate y al análisis científico. En ese período Brasil se configuraba como una dictadura militar que introducía un fuerte dinamismo económico con importantes transformaciones sociales; era un paradigma de proceso de acumulación capitalista. Esta modernización incluyó al propio conjunto de la investigación científica, ya que Brasil, bajo la dictadura militar, generó e institucionalizó un conjunto impresionante de cursos de postgrado y centros de investigación en las diversas áreas de las ciencias sociales.

A medida que se inició el proceso de democratización, éste fue analizado de diversas formas, pero salvo excepciones, su carácter ineluctable no fue cuestionado. La democracia traería el componente que faltaba para que la sociedad brasileña completase su modernización: una mayor igualdad social y política.

Si bien el proceso de democratización en Brasil está en sus inicios, los indicios y los indicadores son en general desalentadores. En lugar de una América Latina en proceso de “brasileñización”, encontramos un Brasil en proceso de “latino-americanización”. La apertura política, en lugar de dar inicio a una movilización popular, mostró el poder creciente de las clases dominantes y los límites enormes que existen para los grupos populares. La democratización, en ciertos aspectos, radicalizó el clientelismo, la privatización del bien público y el abandono de los grupos más pobres.

La imagen positiva de un país en vías de modernización como fue Brasil, se vuelve a metamorfosear en una imagen de fracaso. La crisis actual no permite visualizar un desenlace objetivo claro. Con todo, en las ciencias sociales, y en general entre las clases medias, el resultado inmediato es de perplejidad y frustración. Este contexto nos lleva a cuestionar la capacidad institucional y la solidez teórica de las ciencias sociales para enfrentar la crisis en curso. Es esta misma crisis de “latinoamericanización” de Brasil, lo que nos lleva a pensar en la posibilidad de un análisis generalizador de la experiencia brasileña. Porque es importante recordar que las experiencias de las ciencias sociales brasileñas en el campo institucional en las últimas décadas, fueron muy diferentes de las del resto del continente, y en buena medida continúan siéndolo. El discurso sobre los procesos “latinoamericanos” continúa fundado en parte en generalizaciones inapropiadas, producto ya sea del *wishful thinking*,* ya sea del desconocimiento del investigador.

La crisis social se confunde con la crisis de las ciencias sociales. La crisis de las ciencias sociales parece ser un tema que unifica a los científicos sociales del continente. Estudios específicos indicarían, sin duda, que el sentido preciso de esta crisis es bastante variado dentro de cada realidad nacional o subconjunto del país. Dada la diversidad nacional, los diagnósticos en cada caso deberán ser específicos, porque preferimos centrarnos en las dimensiones propiamente cognitivas que van más allá de realidades institucionales y tal vez indiquen los elementos comunes de los procesos sociales e intelectuales del continente.

Todo análisis que busque comprender el momento actual de la investigación social en el continente, tendrá como referencia principal dos determinantes y su interacción: el conocimiento acumulado y los procesos sociales por los cuales pasa América Latina. Entre ambos se encuentran los componentes institucionales de producción de conocimiento y el sentido común que informa en última instancia al científico social.

SOCIOLOGÍA DE LO INEXISTENTE Y SOCIOLOGÍA DE LO DESEADO

Los años setenta y ochenta fueron de convivencia de dos tipos de enfoque, generalmente entremezclados en la práctica, que orientan conceptualmente la mayoría de los estudios sociales en Brasil y posiblemente en el resto del continente.

El primer tipo de enfoque es el de los presupuestos globales relacionados con la sociedad en la cual vivimos —dependiente, capitalista, etcétera. El segundo tipo de enfoque define la selección de temas y la forma de tratarlos.

En términos generales los estudios de caso sufrieron en la última década un cierto dislocamiento en lo relacionado con preocupaciones conceptuales. En tanto que en los inicios de los años setenta los análisis se orientaban en el sentido de “demostrar” características estructurales dentro de las teorías globalizadoras de la

* Sueños, ilusiones, espejismos.

sociedad, en los últimos años predominaron estudios preocupados por las características de ciertos agentes sociales y su papel en la dinámica social. El cambio de énfasis en las preocupaciones se relaciona claramente con el proceso político a partir del proceso de transición democrática; los análisis estructurales y de denuncia global dieron lugar a estudios sobre el papel de los agentes sociales.

a) *La sociología de lo inexistente*

Las ciencias sociales latinoamericanas produjeron en las dos últimas décadas importantes trabajos de investigación sobre los más diversos procesos sociales. Con todo, a medida que los estudios avanzan o se sustentan en marcos explicativos más amplios, los resultados son casi siempre los mismos: los procesos estudiados mostraban que somos dependientes y/o determinados por los procesos de acumulación capitalista y/o “deformados”.

Los análisis que destacan la lógica capitalista dominante en la realidad social latinoamericana confirman un dato importante pero de utilidad limitada: ciertos sectores de la realidad social del continente poseen características universales de funcionamiento sintetizadas en las teorías sobre la acumulación capitalista. Aunque sea importante conocer y reconocer ciertos patrones universales, lo que está en juego para nuestros países es la diferencia; somos capitalistas pero subdesarrollados, dependientes, periféricos, etcétera. Cuando se buscaba comprender esta diferencia específica las ciencias sociales latinoamericanas se apoyaban en el método comparativo usado, a nuestro modo de ver, de forma unilateral.

La perspectiva básica del método comparativo tal como fue usado en América Latina, puede simplificarse sin distorsiones de la siguiente forma: 1) no somos desarrollados (como los países del Norte); 2) queremos ser desarrollados (aquí hay ciertas diferencias entre los que idealizan un modelo existente y los que proponen el desarrollo (mejorado) —una Suecia tropical o una Unión Soviética democrática—, y 3) si aún no conseguimos realizar nuestras potencialidades es porque nos falta algo. Ese algo ha cambiado de acuerdo a las modas intelectuales, pasando por la burguesía nacional, la burguesía hegemónica, el proletariado con conciencia de clase, la ciudadanía, la cultura popular, los partidos políticos sólidos, la tecnología autónoma, etcétera.

Esta tradición de pensamiento sin duda es mucho más amplia. Atraviesa tanto el viejo ensayismo latinoamericano como la sociología de la modernización. En el primer caso las carencias estaban en la raza y el diagnóstico era pesimista, al contrario de las modernas ciencias sociales, que resaltan las dimensiones históricas y cuyo diagnóstico, o expectativas, es optimista.

Ese recorte que caracterizó a la ciencia social latinoamericana, y en sus fundamentos básicos al conjunto de la sociología del desarrollo, se basa en dos presupuestos:

1) Que llegaremos a ser desarrollados si proveemos a nuestras sociedades con el factor ausente o con un sustituto funcional. Ese presupuesto, de un optimismo

ingenuo, que la izquierda revolucionaria tiene en común con la sociología de la modernización norteamericana, es que sería suficiente encontrar y eliminar las causas —o los causantes— del subdesarrollo para igualarnos a los países desarrollados.

2) Que la alternativa en juego es la permanencia de la actual realidad o su sustitución por un ideal de sociedad desarrollada.

Pienso que ambos presupuestos están equivocados. El desarrollo no se dio en ningún país por la repetición del modelo anterior. Esta afirmación, normalmente aceptada en abstracto, implica la noción de que el desarrollo fue promovido por cada sociedad a partir de sus potencialidades internas específicas. En otras palabras, América Latina, o cada uno de sus países, deberá descubrir las bases culturales y los agentes sociales propios que deben ser apoyados para acelerar su desarrollo.

En segundo lugar, debemos trabajar con la hipótesis de que a corto y mediano plazo no seremos desarrollados, y que es preciso promover visiones y propuestas de sociedad que administren ese dato. Los años ochenta vieron surgir posiciones políticas reformistas pero que aún no se cristalizaron teóricamente. Nos falta todavía un pensamiento teórico que sea capaz de enfrentar los diferentes problemas y sus complejidades específicas. Tal vez no esté alejada de esta dificultad la permanencia de veleidades políticas del científico social.

Los científicos sociales latinoamericanos son hijos del *boom* capitalista de la postguerra y de la Revolución cubana. A pesar de que el Che Guevara murió hace dos décadas y que el mundo capitalista ha entrado en dificultades hace quince años, no es fácil cambiar las orientaciones optimistas en las cuales convergían la teoría de la modernización y de la dependencia. Nos debemos preparar para una larga marcha, donde la utopía no desaparezca del horizonte, pero funcione como guía y no como una tierra prometida fácilmente alcanzable.

Una modificación de perspectiva significa que las ciencias sociales asuman su edad adulta. Sin perder o abandonar principios o ideales, es fundamental reconocer que nuestras sociedades son diferentes de las desarrolladas y continuarán siéndolo por mucho tiempo; buscar lo que “nos falta” parece ser un ejercicio para encontrar culpables cuando en realidad el desafío es descubrir y desarrollar trabajosamente nuestras facultades.

Las implicaciones de esos cambios de perspectiva son múltiples y sólo indicaremos más adelante algunos temas que nos parecen, por su afinidad o relevancia, particularmente importantes.

b) *La sociología del deseo*

Cuando el contexto social se distancia del mundo deseado, el pensamiento analítico puede orientarse en el sentido de indicarnos caminos para transformar la realidad al mismo tiempo en que critica y denuncia la situación actual. Este esquema obviamente no es el único posible. El analista, aun de izquierda, puede

llegar a la conclusión de que no hay una salida factible y tendremos entonces el llamado pesimismo revolucionario. Mi impresión es que una parte considerable de las investigaciones sociales en América Latina, eligió otra vía: proyectaron el deseo sobre la propia realidad social. En lugar de aceptar las dificultades o la inviabilidad de la transformación revolucionaria, exageraron la importancia relativa de los agentes, procesos e instituciones sociales, al mismo tiempo que desconocieron o ignoraron teóricamente el conjunto de fuerzas y procesos sociales que actúan en dirección contraria a la deseada.

Así se dio una concentración inmensa de trabajos sobre movimientos sociales, nuevas formas de sindicalismo, participación, democracia y ciudadanía. A estos estudios se agregó un segundo grupo de trabajos financiados en Brasil por la burocracia pública, y en el resto de América Latina, en gran parte, por recursos internacionales, sobre el impacto de las políticas públicas en los sectores populares y proyectos de mejora de las condiciones de los grupos más pobres de la población.

De esta forma las ciencias sociales en América Latina se encuentran en una situación en la cual tenemos mucha información sobre algunos pocos temas y muy poco sobre temas centrales, que incluyen las clases dominantes, las clases medias, las formas de organización marginal al Estado, los procesos de desintegración social y las nuevas formas de subordinación, etcétera. La información distribuida desigualmente es el camino más apto para tener una visión distorsionada del sistema. Nuestra crisis no es precisamente por falta de marcos históricos adecuados, sino por cantidad y calidad de la información disponible para proponer explicaciones e hipótesis relevantes. Al exagerar la importancia relativa de ciertas realidades, como los nuevos movimientos sociales o la formación de la conciencia ciudadana, ya sea por exagerar la importancia de los procesos en curso o por desconocimiento de los factores contraproducentes, las ciencias sociales latinoamericanas corren el riesgo de entrar en un colapso por falta de relevancia. Existe la necesidad de esforzarnos por analizar más el fondo o el "otro lado" de los procesos sociales sobre los cuales se realizaron tantos trabajos. Así, por ejemplo, en los estudios sobre pobreza rural, las nuevas formas de organización política, social y económica de los agentes asociados a la agroindustrialización del campo; en los movimientos sociales rurales, las organizaciones e ideología de los campesinos y latifundistas capitalizados en las nuevas formas de participación —la expansión de los sistemas de dominación popular por grupos marginales y en los estudios sobre ciudadanía—, las nuevas formas de opresión y marginación simbólica.

En la América Latina de los años ochenta el tema de la democracia continuará siendo el tema-ideal o el tema-objeto de las ciencias sociales. Pero este ideal no puede sustituirse ni disociarse de la necesidad de comprender los procesos sociales contemporáneos que se caracterizan por una sociabilidad destructiva, un individualismo sin contrato social previo, estructuras paralelas de poder marginal, degeneración del poder público y de las máquinas administrativas. Comprender cómo una sociedad es capaz de reproducirse en estas condiciones y las tendencias que produce, es fundamental para identificar las posibilidades de una mayor democratización.

Elaborar las dimensiones negativas o ideológicamente menos interesantes podrá servir igualmente como antídoto contra otra dificultad de las ciencias sociales en América Latina, que es el coyunturalismo. Entendemos por coyunturalismo la esperanza de que en cada recoveco del proceso se encuentre finalmente la ansiada democracia (antes, en los años sesenta, la revolución). El análisis coyunturalista, político o económico, se aproxima al periodismo político, que oscila entre el empirismo y la denuncia.

POR UNA RENOVACIÓN TEÓRICA Y TEMÁTICA

En tanto los análisis de caso nos muestran una imagen parcial de lo que somos, la teoría nos dice lo que no somos y para dónde vamos. Curiosamente, las ciencias sociales en América Latina conviven con una versión propia de la situación denunciada por C. Wright Mills en los años cincuenta en relación con la sociología estadounidense: el divorcio entre la gran teoría y los estudios empíricos. ¿Cómo reconstruir el tejido que permita un movimiento enriquecedor entre la teoría y los estudios de caso? El fracaso de los proyectos de transformación global y los marcos teóricos a ellos asociados, pueden llevar al abandono de cualquier esfuerzo de teorización. Necesitamos de un esfuerzo redoblado de teorización capaz de comprender simultáneamente a los países desarrollados y a las formas específicas que estos revisten en nuestros países.

Esto nos lleva al punto inicial de la inadecuación de los marcos teóricos globales dentro de los cuales nosotros pensamos. Las dicotomías entre lo tradicional y lo moderno o entre la modernidad de ellos y la nuestra (deformadas, inconclusas, reflejas, etcétera) nos parecen, en el mejor de los casos, un punto de partida que debe ser rápidamente superado, bajo pena de que nos pensemos como una imagen negativa del otro, básicamente a partir de un inventario de los deseos frustrados de identificación del científico social con otras realidades. Lo que está en juego es la propia construcción práctica y teórica de nuestras formas modernas. Obviamente no hay aquí ninguna afirmación de carácter nacionalista. Toda modernidad (francesa, inglesa, rusa, etcétera) es específica, producto de patrones culturales preexistentes y de las interacciones con el sistema internacional.

La investigación contemporánea sobre los países avanzados, particularmente a partir de la experiencia japonesa, muestra que todas las modernidades se sustentan y nutren de las estructuras socioculturales preexistentes. Dicho de otra manera, las transformaciones asociadas a la expansión capitalista o comunista no determinan de forma unívoca instituciones políticas y orientaciones normativas. Cada caso histórico es específico, y aunque un nuevo orden económico afecte las tradiciones, ellas son redefinidas para adecuarse al nuevo contexto. Esto significa, desde el punto de vista sociológico, que toda modernización es conservadora.

La comprensión de los mecanismos a través de los cuales los cambios sociales actualizan —manteniendo/modificando— las pautas culturales seculares, es un

desafío que exige superar las limitaciones de ciertos marcos teóricos y preconcepciones políticas. Así, por ejemplo, el “orden burgués” no corresponde a una esencia burguesa, ya que esta clase absorbe formas de sociabilidad que son anteriores, tal como lo mostraron Weber y la moderna investigación histórica.

En la medida en que la conformación de la realidad interactúa con una serie de factores que actúan de forma sistemática, se vuelve más difícil identificar al o a los responsables del actual descalabro. Una primera consecuencia positiva de esta perspectiva sería tal vez superar el diagnóstico que dominó las ciencias sociales latinoamericanas en los años sesenta y setenta, de que sería suficiente eliminar a los sectores sociales culpables para que se realizase el milagro del desarrollo equilibrado. Como la historia demostró —particularmente los ejemplos del socialismo real—, no existe ese tipo de relación causal, de forma que los científicos sociales deberán elaborar hipótesis más cautelosas sobre los orígenes de nuestros males y las fórmulas para resolverlos.

En relación con futuros temas de investigación, se debería partir de la sociedad entendida no como algo constituido en términos de una polaridad de agentes y procesos sociales buenos y malos, positivos o negativos, sino como un conjunto heterogéneo de mecanismos de sociabilidad, que refuerzan tanto la violencia y la exclusión como la convivencia solidaria, y que atraviesan los diversos grupos sociales —sin duda favoreciendo los intereses de algunos en detrimento de otros—, pero cuya superación no implica necesariamente la eliminación de los grupos favorecidos por esos mecanismos. El papel de los científicos sociales no deberá ser el de presentar soluciones arbitrarias, sino el de iluminar situaciones mostrando la complejidad de los problemas que la sociedad debe abordar.

El contexto político afecta la percepción de los científicos sociales de varias formas. En la época de la dictadura militar, la represión política definía los parámetros de la actuación de los grupos sociales, dificultando una correcta evaluación de la importancia relativa de los procesos emergentes. Las dictaduras militares polarizan y simplifican el cuadro político en torno de la alternativa autoritarismo-democracia. La represión, al no permitir una actuación libre de los movimientos sociales, llevó a pensar que estos movimientos, en condiciones de mayor libertad, florecerían rápidamente.

La experiencia brasileña mostró la falacia de este razonamiento. En muchos casos la dictadura era fuente principal de movilización y motivación de los militantes. Por otro lado, si en la época de la dictadura sugieron nuevos movimientos sociales progresistas, la capacidad de movilización de recursos y de renovación de cuadros de derecha se potencializó mucho más. En el caso brasileño fue la notable fragilidad de la movilización en favor de la reforma agraria, comparada con la solidez de la reacción de los grandes propietarios de la tierra.

La apertura política mostró igualmente que, a pesar del deseo democrático de gran parte de la sociedad, las instituciones representativas y las políticas distribucionistas tienen enormes dificultades para consolidarse. Esto se relaciona en parte con el impacto de la propia dictadura en la cristalización de prácticas anti-

democráticas, y en parte con la existencia de profundas líneas de continuidad en las pautas de organización política y social.

La crítica al autoritarismo llevó a las ciencias sociales de América Latina a una “hiperpolitización”. Las dificultades encontradas en las diversas transiciones en curso en el cono sur, posiblemente impulsarán un retorno a las preocupaciones relacionadas con las dimensiones socioculturales, al estudio de las formas de sociabilidad no directamente ligadas al poder estatal.

De cierta forma la lucha contra la dictadura militar generó una polaridad entre la sociedad civil y el poder político que encubrió —por lo menos en Brasil— los orígenes sociales del autoritarismo. De la misma forma, el énfasis unilateral en los nuevos movimientos sociales (populares) ocultó la renovación y modernización de las formas seculares de opresión, como si de lo social emanasen fenómenos “positivos”.

Sin duda habrá aquéllos que indicarán que no se trata de una cosa ni de otra, que tanto las estructuras de opresión institucionalizadas como las difusas son importantes. Es verdad, pero pienso que los próximos años serán de redescubrimiento y, esperemos, de renovación de temas tales como la cultura política, los procesos de socialización y los microsistemas de organización social. Hasta ahora la penetración de temas “postmodernos” en Brasil se dio de forma limitada, y en gran medida asociada a la obra de Foucault. En relación con la metodología de estudios de caso, la “microfísica del poder” es obviamente fructífera. Pero, parte del discurso metateórico de la “postmodernidad” puede dar lugar, en el contexto latinoamericano, a ambigüedades y posiciones que nos parecen intelectual y moralmente inaceptables. Pues la apología de la diferencia, de la diversidad, tiene en los países capitalistas avanzados un sentido de profundización democrática a partir de un proceso anterior de homogenización e igualación social. En nuestros países, varios componentes de la heterogeneidad social son repudiables —expresan miseria, abandono, opresión— y en relación con ellos el discurso “postmoderno” puede generar confusiones.

Obviamente estos enfoques no llevarán —no deben llevar— a un abandono de los temas macroestructurales. Aquí, tal vez podemos lanzar una mirada ingenua sobre los procesos políticos y preguntarnos cómo se llega a una situación, como la brasileña, en la cual el contrabandista (el *doleiro* que vende y compra moneda extranjera clandestinamente, y el *bicheiro* el que monta una lotería ilegal) tiene una credibilidad frente al público que pocos negociantes “legales” poseen. La respuesta es obvia: los primeros dependen totalmente de la confianza de sus clientelas, en tanto que los últimos están protegidos por el aparato legal. La crisis de legitimidad del aparato estatal, transformado en un actor particularista y corrupto incapaz de proteger al ciudadano común, se acentuó en la mayoría de los países latinoamericanos, generando profundos procesos de anomia y tendencias de desintegración social.

Estos temas y las formas de enfrentarlos deberán orientar parte de las nuevas investigaciones sociales. Esta afirmación puede quedar, de todas formas, como una

observación de principios. Las relaciones profundas que vinculan a los intelectuales con las posiciones de poder actual o virtual, el entrelazamiento profundo entre los intelectuales y el sistema de privilegios del cual participan las clases medias, dificultan un cuestionamiento básico de las formas de sociabilidad.

LA MODERNIDAD EN MUTACIÓN

Los objetivos y dilemas que la sociedad latinoamericana enfrentó en las últimas décadas, han ido cambiando a una velocidad impresionante: desarrollo en los años cincuenta, reforma/revolución en los años sesenta, democratización en los años ochenta. Cada uno de estos objetivos generó y fue retroalimentado por ideologías e interpretaciones sociológicas y económicas.

El fin de los años ochenta parece presentar como desafío central el tema de la “viabilidad” o “fragmentación/ desintegración social” de los países de América Latina. Habíamos entrado en una dinámica autodestructiva que nos distanciaria cada vez más de las grandes transformaciones en curso en los países avanzados. El tema de la viabilidad, de la capacidad de autogobierno, de generación de estrategias y valores orientados para el bien del conjunto de la sociedad, lleva a revelar grandes interpretaciones sobre el desarrollo de América Latina. Estas interpretaciones corren el riesgo de transformarse en un inventario de deseos y lamentaciones o en un periodismo pomposo que racionaliza *a posteriori* los constantes cambios políticos y económicos. El recurso de retomar los fundamentos teóricos que remueven críticamente la percepción de los procesos sociales, no es sin embargo simple ni obvio, particularmente porque en apariencia ellos estarán agotados o habrán mostrado sus insuficiencias.

Los principios causales explicativos en torno de los cuales las grandes corrientes del pensamiento social sostenían que se estructura la sociedad moderna —el mercado, la ciudadanía, el individualismo, la racionalidad, la diferenciación social, etcétera—, mostraron sus límites tanto en los países en desarrollo como en los países avanzados.

Ninguno de estos principios se mostró como causa suficiente para desencadenar una dinámica modernizadora (tal como se idealizó) a todos los niveles de la sociedad.

En los países avanzados, toda la investigación contemporánea converge en señalar que los diversos componentes de la modernidad no son reductibles a o deducibles de un principio causal único; que se originan muchas veces en la prehistoria moderna y aparecen con fuerza e importancia relativamente diferente en cada país, generando síntesis propias, modernidades y no una modernidad. Estos estudios tienen en general un fuerte componente histórico y tienden a un cierto eclecticismo teórico.

En América Latina esta línea de análisis da apenas los primeros pasos, inclusive porque tiene implicaciones más complejas que en los países desarrollados. Al

final de cuentas, por más compleja que haya sido la genealogía en Europa y en Estados Unidos el resultado final —por lo menos en las últimas décadas— ha sido homogéneo y socialmente satisfactorio. América Latina, pero también los Nuevos Países Industrializados (NPI) asiáticos y Japón, sin mencionar África, han mostrado que cierta igualdad distribucionista no presupone democracia, ni viceversa, o que una fuerte jerarquía social puede conducir a la expansión capitalista —NPI, Japón— como también un fuerte componente de anomia social (Brasil), etcétera.¹ Las modernizaciones del tercer mundo indican que aun las afinidades electivas entre los diversos componentes de la modernidad son cuestionables.

La teorización de los procesos sociales en curso en América Latina se debe considerar actualmente como otro elemento complejo. La modernidad no solamente está asociada a trayectorias particulares, sino que no tiene un punto de llegada fijo. Este punto de llegada, ya sea una idealización de la sociedad americana, o soviética o de otro tipo ideal construido a partir de diversos países avanzados, fue utilizado como un sistema de coordenadas que definía el estadio-posición de nuestro desarrollo. Ocurre que hoy los países desarrollados pasan por una profunda mutación social. La flexibilización de los mercados de trabajo y las trayectorias profesionales —para dar solamente un ejemplo— están provocando profundos cambios de identidad en los patrones de representación y de organización social. Así, las formas tradicionales de regulación deberán ser sustituidas, al mismo tiempo que resurgen formas de organización del trabajo autónomo y atomizado que era asociado a la premodernidad. ¿Cuál es hoy el modelo de sociedad moderna, al cual contraponer nuestra modernidad actual?

POR UNA SOCIOLOGÍA DE LA FRAGMENTACIÓN SOCIAL

La relación entre los principios organizados clásicos de la sociedad moderna y el desarrollo de América Latina presenta por lo tanto ciertas dificultades. En general, inclusive los científicos sociales no siempre obtienen las consecuencias lógicas de ciertas explicaciones. Es por ello que el énfasis de los componentes coloniales o esclavistas presentes en los patrones contemporáneos de organización social, deja un margen ambiguo sobre la posibilidad efectiva de alcanzar una modernidad "a la europea". ¿Qué valores propios genera el proceso de modernización; cuáles son portadores del pasado y qué mecanismos serían capaces de romper nuestra herencia maldita? La respuesta a estas preguntas aún no fue elaborada, lo que deja a las ciencias sociales a la deriva de las ideologías del momento; revolución socialista en los sesenta, democratización en los años setenta y ochenta.²

¹ En el caso de las ciencias sociales brasileñas los informes del Boletín Informativo e Bibliográfico de Ciências Sociais —BIB— realizan periódicamente una revisión y análisis de la producción en las más diversas áreas temáticas.

² Paradójicamente es la "occidentalidad" —el individualismo, la apertura hacia el exterior— la que hace poco viable un camino "oriental" para América Latina.

La transformación por el científico social, de los desarrollos no deseados en una categoría de fenómenos paralelos, diferenciados de otro conjunto —el lado moderno, positivo— ha producido distorsiones profundas en la capacidad de evaluar el futuro del continente.

En primer lugar, esta separación entre integrados y excluidos, legalidad/ilegalidad, participantes y no participantes es cada vez más difícil de realizar y el análisis detallado mostrará la necesidad de diferenciarse en varios niveles —político, económico, cultural— para determinar de forma más adecuada el sentido de esta diferenciación.

En segundo lugar, como ya es reconocido en los estudios de caso, la creatividad individual y social y los nuevos tejidos sociales y formas de organización generados por los sectores excluidos/marginales, es de una riqueza y autenticidad típica de la actuación empresarial moderna. Sin embargo, estos estudios no tienen en consideración el tercer aspecto de la aparente separación entre el “sector moderno” y los “otros”: el proceso de retroalimentación, imbricación y rearticulación constante entre las diversas formas de organización social.

América Latina aparece hoy como producto y productora de una dialéctica perversa entre procesos microsociales de estrategias de sobrevivencia, cuyo impacto macrosocial es el de aumentar la desintegración social por el impacto corrosivo en los mecanismos de gobernabilidad.³ Así, como ejemplo, la autoorganización del mercado liberal al margen del Estado, aun en contra del Estado y por culpa de las limitaciones de éste, mistifica los procesos reales con los que el Estado está interrelacionado, como el sector informal —vía un sistema de agentes fiscales y de policía— y dada la inexistencia de una regulación universal, el sector informal se organiza internamente —definiendo jerarquías y barreras de entrada— a través de un complejo sistema de relaciones y poder personal.

La realidad latinoamericana nos permite un retorno crítico a las grandes tradiciones del pensamiento social. Dominación de clase, racionalidad, diferenciación social, mercado y otros principios de organización social, indudablemente actúan en el contexto latinoamericano y tendrán un papel en los desdoblamientos futuros. Junto con ellos actúan, sin embargo, mecanismos no clásicos de micro y macroestructuración social, que deben ser comprendidos en toda su realidad y no como barreras u obstáculos. En la actualidad, estos mecanismos actúan aparentemente en el sentido de generar una creciente ingobernabilidad social. Esta situación, sin embargo, no es deducible de cada uno de los fenómenos presentes. Es posible pensar que ciertos tipos de organización puedan ser capaces de acompañar y dinamizar el tejido social —véase por ejemplo el caso de Italia. Localizar por lo tanto los posibles puntos de reversión de la situación actual, no significa necesariamente eliminar el conjunto de formas paralelas y heterodoxas de organización

³ Se trata de una situación diferente y superpuesta a la “ingobernabilidad” y de un colapso a la modernidad de la ciencia política contemporánea. Para éstos el problema central es la dificultad del Estado de administrar las demandas de los diferentes sectores sociales. La situación a que nos estamos refiriendo es un proceso de reorganización del Estado y de la sociedad civil a partir de la propia “ingobernabilidad”.

social (por ejemplo el sector informal), el juego clandestino, el contrabando, el “chambismo estatal” en el gobierno, aunque a veces eso sea deseable, en particular la eliminación de un fenómeno tan poco estudiado como es la producción y el tráfico de drogas (¿debería ser llamado modo de producción de drogas?).

Debemos estudiar más detalladamente la diversidad de fenómenos “no típicos” de la modernidad y comprender los límites dentro de los cuales ellos pueden facilitar el dinamismo social o destruir y generar el caos social (por ejemplo, a partir de qué momento la corrupción, figura universal del mecanismo que sostiene y quizá lubrica la máquina ejecutiva, se torna un sistema obstinado que obstaculiza y deforma la inversión pública).

La visión de la sociedad que en vez de postular la existencia de participantes y excluidos, muestra la profunda imbricación entre los diferentes sectores sociales, genera una cierta dificultad intelectual y moral. Ella implica que el sistema produce un cierto “beneficio” universal —aunque a veces sea pequeño y ridículo—, ya que una buena parte de la población “usufructúa” el respeto a la ley y a las normas de interés público, y no permite identificar claramente “culpables” y “víctimas” y se muestra pesimista frente a factores capaces de modificar el rumbo del proceso.

Estos factores aún no aparecen claramente en el horizonte. La democracia —la que realmente existe en América Latina— tiene hoy un resultado dividido. Hasta ahora, tiene a su favor la libertad de organización e información y a veces mayor sensibilidad frente a los problemas sociales. Pero esto no se ha traducido hasta la fecha en una mayor legalidad social, racionalidad económica, e inclusive el contexto provoca efectos perversos por la libre circulación de informaciones —la divulgación de los casos de corrupción pasó a ser más un informe publicitario e incentivador que una denuncia social.

La situación así creada es de “comunicación destructiva”. Esta situación tiene quizá como ejemplo ideal la situación de inflación inercial. La información sobre precios ascendentes favorece la especulación y crea problemas de abastecimiento, que al mismo tiempo alimentan la inflación y así sucesivamente. En la sociedad brasileña, por lo menos, el punto de partida de la comunicación destructiva, además de la inflación es la impunidad, que al tiempo que mina los valores sociales, crea un efecto de demostración multiplicado por la circulación de la información. La “comunicación destructiva” lleva a estrategias individuales que minan las condiciones de convivencia social. Si la inflación mina el equivalente universal que es el dinero, transformando cualquier transacción en un robo potencial, la impunidad mina la ley como medida universal. Inflación más impunidad = paroxismo de la comunicación destructiva.

Las sociedades latinoamericanas han acumulado en las últimas décadas una serie de problemas cuyo tratamiento conjunto y aun individual, se ha mostrado hasta el momento invariable: disminuir la desigualdad social, acelerar el crecimiento económico, promover la modernización tecnológica, fortalecer las instituciones representativas. A esta serie de problemas se agrega ahora el de la credibilidad en la viabilidad nacional. Aunque generalmente venga de la derecha el pensamiento de que los diversos problemas deben ser tratados por separado o por etapas, no

debemos dejar de reconocer que la mayoría de los científicos sociales se engañaron creyendo rápidamente en la capacidad salvadora de diversos agentes o procesos sociales, el último de los cuales es la democratización. La modernidad se muestra como un verdadero laberinto con infinitos caminos y salidas. Para aquéllos interesados en América Latina, el desafío es aceptar la complejidad de la situación y transformar en un momento de búsqueda de la verdad, la pesadilla por la cual navega el continente.

La realidad latinoamericana es diferente no por ser única, sino por haber radicalizado procesos presentes en toda sociedad. Visto desde esta perspectiva, debemos tratar a América Latina como un laboratorio social privilegiado de estudios positivos de dinámicas de fragmentación y desintegración macrosocial, procesos relevantes y presentes inclusive en los países avanzados.

Lo que está en juego en América Latina es el enigma frente al cual se enfrenta la especie humana y en torno del cual se construye la sociedad moderna: ¿cómo liberar la creatividad individual sin destruir las condiciones de convivencia social? O de forma más específica: ¿cómo abandonar los sistemas tradicionales de represión y canalización de la energía social, sin poner en riesgo la capacidad de autogobierno del conjunto de la sociedad?

CONCLUSIONES

Nuestras reflexiones convergen en una dirección: la renovación teórica de las ciencias sociales en América Latina pasa por una transformación de su autoimagen, de los presupuestos y prejuicios del científico social. A pesar de defender una sociedad democrática, no hubo un ejercicio autocrítico sobre las posibilidades y límites de las ciencias sociales en una sociedad efectivamente compuesta por ciudadanos. Es verdad que la “megalomanía” del intelectual latinoamericano no se puede disociar del contexto en el que vive, caracterizado por la dificultad de los grupos subordinados de participar o influenciar directamente los procesos societarios. Es en este contexto que el científico social funciona como procesador de las voluntades de los grupos marginales.⁴

El primero y principal paso, antes de definir específicamente temas o métodos, es delimitar el papel del científico social. Este deberá tener una posición más profesional, concentrada en los valores propios de la investigación científica, sin pretensiones inmediatistas ni preocupaciones orientadas por intereses y alianzas políticas coyunturales. Dentro de esa nueva actitud y perspectiva, el intelectual poseerá los instrumentos para una delimitación más objetiva de los problemas y para ofrecer respuestas más sólidas.

⁴ En el cono sur —Uruguay, Argentina y Chile— la situación es más compleja. Son sociedades en las cuales las clases y grupos sociales son fuertemente corporativos y con visiones infladas, y hasta delirantes, de sus potencialidades efectivas.

Detrás del intelectual comprometido siempre estuvo presente la noción de que los estudios sociales deberían estar “al servicio” de proyectos políticos. Las ciencias sociales y los proyectos políticos a los cuales estuvieron asociadas en las últimas décadas, muestran severas limitaciones. Al permitir que las ciencias sociales se distancien de sus compromisos ideológicos, seremos capaces de reconocer el grado de incertidumbre, miseria y oscuridad intelectual en que nos encontramos. Tal vez las nuevas visiones que surjan no sean particularmente optimistas y algunos aprovechen para confundir realismo con reacción. El esfuerzo de un aporte específico de los científicos sociales podrá contribuir, en sus limitadas posibilidades, a cambiar el cuadro del continente. Al insistir en condenas morales y fórmulas salvadoras, el intelectual estará fundiéndose en realidades alejadas de la producción científica.

Al entrar al siglo XXI, la sociedad humana se enfrenta a desafíos que superan la fantasía. Para los países desarrollados se trata de acompañar los ritmos de los procesos de innovación y mantener el control sobre sus consecuencias. En América Latina nos es difícil concebir, en primer lugar, el significado de esas nuevas realidades. Para nuestros países, la transferencia mecánica de la revolución científica y tecnológica en curso, en la mayoría de los casos, es una manipulación de inseguridades, temores y crítica infantil a los países desarrollados que poco ayudará a analizar los desafíos de las próximas décadas.

La frustración e importancia acumulada en América Latina es tan grande que cualquier discurso que movilice sentimientos compensadores obtiene amplia audiencia. Las ciencias sociales deberán estar dispuestas a no ser populares, precio posiblemente muy alto para gran parte de nuestros intelectuales. Pero los análisis tal vez indiquen la necesidad de esfuerzos a largo plazo que no se ajustan a los deseos mecánicos —comprensibles— de gran parte de la población.

Traducción de Alicia Ziccardi